

Claire Deya

Estallido

Traducción del francés de Noemí Sobregués



Galàxia Gutenberg

CLAIRE DEYA

Estallido

Traducción de Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Un monde à refaire*

Traducción del francés: Noemí Sobregués Arias

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2024

© Claire Deya, 2024

© de la traducción: Noemí Sobregués, 2024

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona

Depósito legal: B 11554-2024

ISBN: 978-84-10107-80-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Aurélie y Guillaume,
para ti, sin quien nada habría sido posible,
y para vosotros, mi constelación.*

Si Vincent volvía a ver a Ariane, ya no se atrevería a acariciarla. Sus manos habían alcanzado unas proporciones que no reconocía. Duras, con los dedos hinchados y la piel gruesa, áspera y seca; se habían metamorfoseado. Los callos que las cubrían estaban tan resecos que, aunque los lavaba a conciencia largo rato, no se ablandaban. Siempre quedaba una constelación de grietas negras que se adentraban profundamente en la piel de las palmas de las manos y de los nudillos. La tierra que se había filtrado en las grietas y fisuras abiertas durante los dos inviernos en Alemania le había tatuado huellas indelebles.

Antes de la guerra, cuando hablaba, sus manos danzaban. A Ariane le divertía y lo imitaba. De repente la veía en esa playa de la Riviera que tenía ante él. La primera vez que se bañaron allí, apenas había amanecido. Aún estaban aturcidos tras haber pasado su primera noche juntos. Ariane tenía que volver pronto a casa para que nadie se percatara de su ausencia. Habían pasado por esa playa y habían sentido el irresistible impulso de prolongar su noche en el mar. El sol se reflejaba en las islas doradas. Recordó que Ariane se había hecho un bañador atándose un pañuelo alrededor de los pechos con gestos de bailarina atrevida.

Sus gritos al entrar en el mar, su manera de lanzar el cuerpo contra el suyo, electrizada por el agua fría y el sol, que acaba de salir... Ese cuerpo salado, su deseo yodado y la seda mojada ceñida contra su piel. Habría dado cualquier cosa por volver a sentir esa despreocupación y volver a sumergirse en ese amor.

Vincent se apretó alrededor del cuello el pañuelo que le había robado.

Se había fugado para buscar a Ariane, que había desaparecido. Nadie sabía nada de ella desde hacía dos años, pero la buscaba por todas partes. No podía creerse que hubiera muerto. Imposible; ella nunca le habría hecho algo así. Además, mientras estaba prisionero había recibido esas enigmáticas cartas...

Ahora que el sur se había liberado de los alemanes, todo sería más fácil. Aún no se habían rendido, pero todo el mundo decía que estaban acabados.

Tenía una idea para encontrar a Ariane. Era una idea poco sólida que exageraba para tranquilizarse, porque lo cierto era que se aferraba a una vaga intuición para no derrumbarse. Estaba solo, desamparado, y el revólver que llevaba escondido como un talismán de poco iba a servirle.

Mientras la ciudad se preparaba para su primera gran fiesta desde la guerra, la playa, que veía desde arriba, estaba devastada. Trincheras y alambradas impedían el acceso al mar. Vio carteles que prohibían acercarse y recordaban el peligro. Peligro de muerte. Las playas de toda la Costa Azul estaban llenas de minas.

Vincent oía a lo lejos los ensayos de una orquesta de aficionados que hacía tentativas incursiones en desenfadadas piezas de jazz. Hacía buen tiempo. A su alrededor la gente sonreía y sólo pensaba en el inminente verano. La guerra casi había terminado, pero para él sin duda empezaba un infierno en solitario.

Al otro lado del parapeto en el que estaba Vincent, una docena de hombres se habían desplegado por la playa y avanzaban codo con codo, despacio y sin hacer ruido. Armados sólo con una bayoneta, tanteaban la arena con la punta metálica para detectar las minas que habían enterrado los alemanes. Fabien caminaba con cautela, concentrado, y todos los hombres que avanzaban en hilera a su lado se ajustaban a sus pasos.

Aunque aún no había cumplido los treinta años, se había convertido de forma natural en el jefe del grupo. Su autoridad fraternal, su formación de ingeniero, su compromiso, su paso del maquis a la Resistencia... Había volado tantos trenes que lo consideraban el especialista indiscutible en explosivos. El funcionario del Departamento de Desactivación de Minas había informado de inmediato sobre él a su superior, Raymond Aubrac, miembro de la Resistencia.

Limpiar las minas era un requisito fundamental para reconstruir Francia, pero el gobierno provisional no había asignado esta misión a los militares, que estaban en el frente de Árdenas y después en Alemania. ¿Quién podía hacerlo? Limpiar minas no era una profesión. La situación no tenía precedentes. Nadie tenía experiencia. Contaban con muy pocos voluntarios... Aunque Fabien se hubiera limitado a lanzar fuegos artificiales desde la cubierta de un barco, igualmente lo habrían aclamado como el hombre providencial.

Corría el rumor de que los dragaminas eran todos unos perdidos, hombres sin dios ni ley que salían de la cárcel para

conseguir un informe de buena conducta o una reducción de condena. Peor aún, se murmuraba que los que habían colaborado con los nazis intentaban blanquear su oscuro pasado mezclándose con ellos. Cuando, tanto en el ministerio como en cualquier otra parte, Raymond Aubrac oía hablar de sus hombres con desprecio o condescendencia, citaba el ejemplo de Fabien, que era la excelencia personificada.

Tanto, que nadie entendía por qué había decidido limpiar minas. Fabien sabía lo que decían de él: después de haber saboteado trenes, se sabotea a sí mismo. Las autoridades suponían que estaba desesperado, y su equipo creía que ocultaba algo, pero todos admiraban su valentía. Había que ser muy valiente y abnegado para volver a arriesgar la vida en lugar de disfrutar de ella.

El Ministerio de la Reconstrucción proponía misiones de tres meses. Esta iba a ser larga. El ejército calculaba que había como mínimo trece millones de minas en todo el territorio. Trece millones... Así que, a pesar del cansancio y del agotamiento, se animaba a los hombres a asumir una nueva misión en cuanto terminaban la anterior.

Desde 1942, las fuerzas de ocupación habían reforzado constantemente el Muro del Mediterráneo. Las minas alemanas pretendían impedir el desembarco de los aliados, y las minas aliadas, frenar la retirada de los alemanes. El resultado fue que los franceses se vieron atrapados, para empezar los niños.

Las playas de Hyères, Saint-Tropez, Ramatuelle, Pampelonne y Cavalaire estaban llenas de minas. Se había acabado la *dolce vita* en la Costa Azul. Ya nadie podía aventurarse a ir. Habían dinamitado el puerto de Saint-Tropez y todos los edificios frente al mar, y habían reducido a escombros el puente colgante del puerto de Marsella y el barrio de Saint-Jean. En el interior, las carreteras, las vías de tren, las fábricas, los edificios administrativos, todo estaba sembrado de esos artefactos asesinos. Cada vez que se daba un paso se podía salir volando. La política de tierra quemada se había perfeccionado mucho.

Para no ceder al vértigo de las cifras y al desánimo, Fabien se concentraba en su objetivo. Actuar con tranquilidad y no maldecir la falta de voluntarios y de formación, la escasez de material y sobre todo la cruel ausencia de mapas de minas; avanzaban a ciegas.

De repente, a unos metros de Fabien, Manu, un joven fauno nervioso, se detuvo y levantó el brazo. «¡Mina!» Su bayoneta acababa de topar con un objeto sospechoso. Todos retrocedieron instintivamente con los dientes apretados. Nunca se acostumbrarían. Con un movimiento de cabeza, Fabien les permitió alejarse más de los veinticinco metros reglamentarios. Miró a Manu para indicarle que continuara. Debía tumbarse, escarbar la arena con delicadeza y sacar el objeto que había ofrecido resistencia a la punta metálica. Manu acarició la arena y extrajo un gran cilindro negro de metal: una mina LPZ. Treinta centímetros de diámetro. Doce centímetros de altura. Dos kilos y medio de TNT. Una máquina de matar polivalente, capaz de pulverizar tanto un vehículo blindado de varias toneladas como a todo ser vivo lo bastante imprudente como para pesar más de siete kilos.

Un dragaminas con más experiencia debía ocuparse de ella, desactivarla o hacerla explotar. Como cerca había más minas enterradas, lo mejor era desactivarla, aunque fuera más complicado. Las minas estaban diseñadas para explotar, no para que las neutralizaran. Había que hacerlo con las manos. Fabien se ocuparía. Sabía hacerlo –aunque nunca podía estar del todo seguro, porque había muchos modelos diferentes– y eso le permitiría mantener el respeto de su equipo. Si escarbara en su interior y fuera del todo sincero, encontraría otra razón por la que se ponía en peligro todos los días cuando amaba apasionadamente la vida y sabía que olvidarían su sacrificio tan rápido como a todos los muertos que había visto caer a su alrededor, pero no estaba dispuesto a profundizar tanto, al menos ese día; tenía que concentrarse en la mina. Un error, por pequeño que fuera, y acabaría despedazado.

Respirar. No temblar. No pensar en nada molesto. No hacer movimientos bruscos. No ceder al miedo. La mina. No pensar en otra cosa... ¿Cuántas veces se lo había repetido a sus hombres, aunque fuera del todo ilusorio?

Para desactivar la LPZ, primero había que ocuparse del percutor por contacto: retirar el capuchón de la superficie con la bayoneta y colocarlo en posición de seguridad. Después sacar la mina del suelo en posición horizontal y colocarla de lado, nunca plana. Desenroscar las cinco tuercas y retirarlas. Sin temblar.

¿Cómo mantener la calma? Todo su cuerpo quería escapar de allí. ¿Cómo no respirar entrecortadamente? ¿Cómo concentrarse con la incesante avalancha de preguntas, remordimientos y dolor?

Imposible. A lo lejos sonaban los acordes de la última canción que había bailado con Odette, su mujer, y esos acordes le rompían el corazón.

Fabien se detuvo para escuchar mejor. ¿No se habría equivocado? No, era «Mademoiselle Swing», la canción de la que se burlaba. Odette le decía que daba buena suerte. Y además, al ser tan ligera y saltarina, ¿no desafiaba la pesadez nazi? Ahora que Odette ya no estaba, no se le ocurría burlarse. Su música ligera le parecía de una intensidad conmovedora.

Dicen que antes de morir toda nuestra vida pasa ante nuestros ojos. Él sólo ve a Odette, a Odette bailando, feliz, libre y sonriéndole, Odette con sus rizos castaños, su cuerpo felino y su distinción de gata a la que nada le importa. Odette antes de que la arrestaran los alemanes.

Estaba hipnotizado e inmóvil. Su equipo no lo pasó por alto. Fabien sentía sus miradas clavadas en él. Se recompuso.

Si no veía pasar toda su vida ante sus ojos, sino sólo a Odette bailando, quería decir que no iba a morir.

Después de desactivar la mina, había que desmontarla. Colocarla en posición horizontal, pero del revés. Desenroscar todas las tuercas de la tapa inferior. Retirar la cinta adhesiva que

unía las dos tapas y retirarlas. Sacar la caja de explosivos de la tapa superior. Desenroscar la cadena que sujetaba el detonador. Retirar el detonador.

«Mademoiselle Swing» desgranaba sus últimas notas y Fabien había conseguido desactivar la mina. Odette tenía razón: la canción le había dado suerte. O quizá era Odette, más allá de la muerte, allí donde estuviera. Frente al mar, frente a las islas doradas, en esa playa que tanto le gustaba, se dijo que había vivido lo mejor de su vida. Una mujer a la que has amado estando en peligro no puede sustituirse. Odette siempre será insustituible.

El descanso siempre era un alivio. Con la orquesta de aficionados ensayando a lo lejos, el equipo sólo hablaba de la fiesta que se celebraría en una semana. Todo el grupo iría al baile a olvidar la dureza de las misiones, a exhibirse, a brillar y a mezclarse con los optimistas, con los entusiastas y con los impacientes del mundo nuevo. Querían ser como los demás por una noche, dejar de avanzar como solemnes prisioneros condenados a trabajos forzados que se juegan la vida a la ruleta rusa en los campos de minas y moverse como locuaces bailarines que creen a pies juntillas en una nueva vida y en una nueva era.

Fabien no iría. Imposible bailar con una mujer que no fuera Odette. Sin duda sueña con una nueva vida, pero esta no pasa por un nuevo amor. En todos los descansos piensa en ella y se sume en ensoñaciones en las que la invoca para que aparezca como el día que la conoció, rebelde. O por la noche, cuando la agarraba de la cintura con las dos manos para levantarla y contemplar su cuerpo suave y desnudo. Era uno de los malentendidos sobre Fabien: todo el mundo lo consideraba un hombre de acción, cuando sólo aspiraba a tumbarse junto a un sendero soleado y soñar.

La jornada aún no había concluido y Fabien sentía que su deber era animar a su equipo. No dejaba de repetir a sus hombres que era un honor liberar Francia de todos esos artefactos asesinos que habían dejado los nazis. Limpiar minas también es resistir.

Fabien daba sentido a sus misiones. Liberando la tierra de esas trampas mortales, se salvaban a sí mismos, se redimían y se libraban del sentimiento de culpa. Porque todo el mundo se

sentía culpable: por haber traicionado, mentido, robado, abandonado, por no haber estado a la altura, por no haberse unido a la Resistencia –o a la Resistencia de la última etapa–, por haber matado a un hombre, a varios, o por haber sobrevivido cuando tantos amigos habían caído. Todos cargaban con una parte de culpa, inmensa en esos tiempos revueltos, y para seguir avanzando debían, si no deshacerse de ella, al menos asumirla. Fabien sugería a sus hombres que limpiar minas podía proporcionarles la redención que, aunque no lo confesaban, ya no se atrevían a esperar.

Sus hombres asentían, conmovidos. Pocos lo fingían. Sus palabras les permitían no lamentar los riesgos que corrían –eran todos muy jóvenes– y aceptar su destino.

Fabien vio que el hombre del pañuelo al cuello que llevaba más de una hora observándolos desde la barandilla se acercaba a él.

–Hola, quería saber si contrata a personal.

Fabien lo miró un instante. En el maquis había adquirido una intuición que rara vez lo engañaba. Sabía cuándo un hombre ocultaba algo grave.

–Supongo que no sabe limpiar minas.

–Me han dicho que usted forma al equipo.

–Lo único que pedimos es no haber colaborado con los nazis.

–Por eso no hay problema.

Aunque Vincent lo miraba a los ojos, la primera impresión de Fabien se vio confirmada por sus frases cortas; era evidente que ese hombre quería decir lo menos posible.

Vicent señaló a los prisioneros, flanqueados por dos vigilantes, que se mantenían alejados del equipo.

–¿No le molesta trabajar con alemanes?

–Los sacamos del campo de prisioneros. Hacen lo que tienen que hacer y vuelven al campo. Sin contemplaciones. Trabajarán con nosotros hasta que todo esté limpio.

Mientras hablaba, Fabien observaba a los alemanes. Constituían más de la mitad de su grupo. Costaba mucho encontrar

a voluntarios, y los militares habían recomendado utilizar a prisioneros. Fabien lo sabía todo de sus compañeros franceses. En cuanto a los alemanes, se negaba a hablar con ellos. Los odiaba tanto que le daba miedo. Y no quería desviarse de su objetivo. Aun así, jamás se habría imaginado trabajando mano a mano con sus eternos enemigos. Peor aún, cuando estaban en contacto con las minas, dependían unos de otros para sobrevivir. El peligro definitivo. Qué siniestra ironía.

Para Lukas, que intentaba prolongar disimuladamente el descanso fumándose un cigarrillo, hacía mucho tiempo que nada tenía sentido. No había soportado que su país se sumiera en la locura; incluso su familia había depositado su confianza en el dictador que había destruido su democracia. Y a él, un loco enamorado de Francia que se sabía de memoria las obras de Baudelaire y de los surrealistas, los franceses lo trataban como a un monstruo, como si todos los alemanes hubieran vendido su alma a Hitler. En la librería en la que trabajaba antes de la guerra no había dejado de alertar sobre las derivas del nacionalsocialismo, y desde hacía nueve meses se pudría en los barracones de un campo de prisioneros, helado en invierno, asfixiante en verano, sin manta, sin zapatos dignos de este nombre y sin saber cuándo lo liberarían. Su familia seguía resentida con él –sin duda por haber mostrado la lucidez que ellos no habían tenido–, e incluso antes de que dejaran de repartirles el correo, como en los últimos meses, no le habían enviado ni ropa ni una palabra para recordarle que no estaba solo. Si algún día volvía a su país, no estaba seguro de que sus padres lo acogieran. Daba igual. Alemania estaba a punto de rendirse –eso decían–, pero eso no quería decir que los franceses fueran a liberar a los prisioneros.

Lukas había oído la conversación entre Vincent y Fabien. Nadie sospechaba que entendía el francés. Cuando llevaba uniforme, le tenían miedo. Como prisionero, era invisible. Le habría gustado hablar con ellos como personas razonables,

pero ¿quién seguía siéndolo? ¿Podría decirles que no entendía que Francia, el país de los derechos humanos, se permitiera dar lecciones de moral a todo el mundo cuando empleaba a prisioneros de guerra, lo cual violaba los Convenios de Ginebra? ¿Lo escucharían? Estaba prohibido utilizar a prisioneros para tareas peligrosas y degradantes. Recurrían a sutilezas, por supuesto. No obligaban a los prisioneros a desactivar minas, sino a detectarlas. Como si las minas que explotaban hicieran diferencias, atacaran a los dragaminas y perdonaran a los demás...

Los franceses también argumentaban que limpiar minas no se mencionaba explícitamente en el convenio como actividad peligrosa. Era paradójico, pero ¿quién habría previsto en 1929, cuando se redactaron los acuerdos, la importancia que adquirirían las minas en los conflictos?

Habían sido los alemanes los que, en secreto y de forma ilegal, habían decidido fabricarlas por millones, lo cual pilló por sorpresa a los aliados, que no estaban preparados. Y ese plan de destrucción masiva no era lo peor, porque ahora todos empezaban a entender lo que de verdad había sido esa guerra. Lo indecible. Lo inconcebible. Lo irreparable.

Así que Lukas acabó diciéndose que si los franceses le hubieran propuesto fumarse un cigarrillo con ellos y charlar de las responsabilidades de los unos y de los otros, les habría dado la razón sin rechistar. Estaba en el bando de los vencidos y los malditos, y no habría soportado que su bando fuera el de los vencedores.

Las Fuerzas Francesas del Interior lo habían capturado en el sur unos días antes del desembarco de Provenza, en agosto de 1944. Ahora estaban en abril de 1945, nueve meses después. Nueve meses encerrado era para volverse loco. Limpiar las minas le permitía salir del campo de prisioneros, olvidar las alambradas que enrejaban el horizonte, el dolor de los que agonizaban, las enfermedades, las heridas y el hambre, terrible, que se convertía en una obsesión. Aunque la diferencia no

era grande, los prisioneros que limpiaban minas recibían una ración de comida mayor. Para que pudieran trabajar sin desplomarse.

En Alemania, los aliados capturaban a cientos de miles de soldados. Después los transferían a los franceses o a los rusos, por convoyes enteros. En las últimas semanas, Lukas veía llegar de todo, defensores fanáticos del Tercer Reich, hombres perdidos, inválidos y soldados a los que, como a él, habían alistado por la fuerza en una guerra en la que no querían luchar.

Lo que no esperaba era ver llegar a niños. Llevaban guerreras que les quedaban enormes y estaban aterrorizados por esa guerra que conocían desde siempre por sus mayores, por las mentiras, por lo que les contaban de los franceses, que querían su pellejo y que eran capaces de cometer crímenes atroces, por los soldados que los rodeaban, por los traslados de un campo de prisioneros a otro y por los viajes en tren en condiciones abominables. Los habían alistado en los últimos meses por orden de Hitler. Tenían dieciocho años, dieciséis, algunos acababan de cumplir catorce.

¿A quién pedirle que ante todo hicieran algo por ellos? Los alemanes ya no existían. Ahora eran los cabezas cuadradas, los *fritz*, los *schleus*, los *frisés* y los teutones.

¿Podían entender los franceses que también había alemanes que odiaban a los nazis?

La guerra le había quitado más de cinco años de vida. Seguramente la derrota le robaría el resto. Para motivar a los prisioneros, les hablaban de liberación anticipada si daban muestras de valor limpiando minas. Lukas no se hacía ilusiones.

Los dragaminas franceses se creían libres. No los envidiaba. Todos se mentían a sí mismos. Las palabras en las que se regodeaban eran un engaño. «La grandeza de Francia, la batalla final contra la barbarie alemana. Para un francés, limpiar minas es un honor; para un alemán, un castigo.» Los dragaminas estaban convencidos de que eran diferentes de los prisioneros, cuando los franceses y los alemanes eran iguales, hombres

esclavizados, atrapados, listos para morir por la felicidad de los demás, de los que ya resoplaban porque no podrían ir a la playa en todo el verano que se avecinaba, pero que el verano siguiente reinventarían su vida y sus amores en esa playa, se bañarían, abrazarían el sol y el mar, y no tardarían en olvidar los sacrificios en la arena ardiente.

¿Quién amaría a un prisionero de guerra alemán? ¿Quién amaría a un dragaminas, aunque fuera francés? Después de tantos años de guerra, ya nadie quería estar cerca de la muerte. El gran amor de Lukas, aún muy vivo para él, podría ser el último si no conseguía escapar. Pero ellos, los locos que se habían alistado voluntariamente, no veían que los miraban con condescendencia en el peor de los casos, con lástima en el mejor. Y con lástima no se construye una historia de amor.

Los dragaminas podían fanfarronear en el baile o en cualquier otro sitio, asegurar que no tenían miedo y creer en su buena suerte y en su heroísmo. Nadie los consideraba héroes. Habían olvidado el principio que impera desde la noche de los tiempos: los hombres libres siempre exigirán esclavos.

Vincent, apoyado en la pared frente a la oficina de contratación, dudaba. No sabía lo que esperaba, una señal, un milagro, un encuentro que lo cambiara todo. Hacía tanto calor como el día anterior, como lo haría el siguiente. Una chica pasó por delante de él. Tendría unos veinte años. Le sonrió. Llevaba unos pendientes en forma de margarita. Su cuerpo esbelto flotaba en un vestido de algodón amarillo muy claro, casi blanco, pero lo que atrapó la mirada de Vincent fueron los pendientes.

Sus brazos bronceados ondulaban a ambos lados del vestido sin mangas. Avanzaba alegremente por la acera, como dispuesta a llegar al fin del mundo, con sus delicadas sandalias de cuerda, que le dejaban al descubierto las puntas de los pies. Un pequeño bolso en bandolera revoloteaba alrededor de su cintura y llevaba en la mano un libro de Albert Camus. Podría haberle gustado, podría haberla seguido, pero se decidió a entrar.

No tuvo que esperar. El funcionario lo invitó a sentarse y le soltó su discurso. Según él, la contratación era la fase más importante de la limpieza de minas. Por lo tanto, iba a revisar el pasado de Vincent, sus motivaciones y sus aptitudes psicológicas.

Como Fabien le había advertido, si descubrían que había estado en contacto con el enemigo, lo excluirían de inmediato. Vincent pareció incómodo.

—Podríamos decir que en contacto con el enemigo sí que he estado.

El funcionario se sorprendió y se puso tenso.

–Estuve prisionero en Alemania, así que evidentemente he tratado con alemanes. Un poco más de lo soportable... –añadió Vincent sonriendo.

El funcionario se relajó, aliviado. Le gustaba ese tono de complicidad. Y para subrayar que había entendido el sentido del humor de Vincent, le guiñó un ojo.

Tras describirle rápidamente los riesgos a los que se exponía –era obligatorio–, le preguntó cuáles eran sus motivaciones. Un sadismo administrativo maravilloso, que disfrazaba de pregunta anodina la más cruda verdad: este arduo e ingrato trabajo es excepcionalmente peligroso, y nadie en el mundo querría estar en su lugar, pero nos gustaría que nos dijera lo mucho que sueña con este infierno. Vincent aceptó la propuesta.

–Mi motivación es muy sencilla: nunca más debe morir un niño en una mina puesta por los alemanes. De lo contrario, habrán ganado la guerra aunque la pierdan.

Dicha en voz alta, su respuesta le pareció demasiado solemne. Para el funcionario no lo fue.

Quedaba por abordar la tercera parte de la entrevista.

–Y pasemos a las «aptitudes psicológicas para la limpieza de minas», que ya me dirá usted qué es eso.

Vincent no dijo nada y se limitó a escuchar con atención.

–No nos han dado ninguna indicación, ningún formulario, nada. ¡Imagínese! Por suerte he preparado un cuestionario por mi cuenta. Se lo mostraré.

Volvió a guiñarle el ojo. No contento con tenderle las hojas con mucho cuidado, como si se trataran de una obra de excepcional importancia, se dispuso a comentar todas las preguntas. Nunca se sabe, podría ser que Vincent no las entendiera.

–«¿Cómo reacciona cuando oye un ruido inesperado?» ¿Se sobresalta? ¿Mantiene la calma? Porque si no mantiene la sangre fría, será complicado trabajar limpiando minas.

El funcionario parecía haber olvidado que Vincent había luchado en la guerra. Lo retenía porque estaba encantado de tener un público que lo escuchara enumerar la excelencia de sus

sensatas preguntas, aunque sabía que la selección era prácticamente automática. Casi nadie se presentaba.

Se detuvo en las condiciones económicas, inesperadas en esos tiempos de escasez –«¡el doble del sueldo de un obrero!»–, los diversos pluses, comidas y riesgos, que le ensalzó como si se tratara de privilegios inauditos y muy valorados –«qué suerte tiene»–, y las increíbles ventajas de un puesto de trabajo garantizado. Prolongaba el placer, básicamente el suyo. Vincent creyó que la entrevista debía terminar ya; empezaba a sentir náuseas. ¿Debía agradecerle que le diera esa oportunidad? Se puso la chaqueta, pero el funcionario lo retuvo.

–Espere, me faltan sus papeles y su firma.

–Los papeles se los traeré mañana, pero lo de la firma lo podemos solucionar enseguida.

El funcionario le tendió el contrato para que lo firmara. Y listos. Vincent estaba contratado para limpiar minas. Debería haberle temblado la mano, pero firmó con gesto seguro. Había practicado. El funcionario no sospechó nada. Vincent salió satisfecho. Había firmado un pacto con el diablo, pero lo había hecho con un nombre falso.

Cuanto antes encontrara Vincent a Ariane, antes podría volver a su antigua vida. Iba a hacer lo mismo que cuando se fugó. Un plan que llevaría a cabo con método y determinación. Sabía hacerlo. Ya lo había hecho. Su primer intento de fuga había fallado porque lo traicionaron, pero el segundo lo emprendió en solitario. Era la lección que había aprendido. Hacerlo todo solo.

Al llegar a Francia, empezó a sangrarle la nariz. Una pequeña hemorragia nasal, pero que no conseguía detener. De repente sus fuerzas lo abandonaron, como si escaparan por el chorrito de sangre. Tuvo que quedarse en casa de unos amigos, en la cama, con anemia y sin poder moverse. Había soportado durante tanto tiempo el régimen inhumano de los campos de prisioneros que el cuerpo le había fallado. En cuanto pudieron, sus amigos lo ingresaron en el hospital Val-de-Grâce.

Aunque su recuperación fue milagrosa, lamentaba haber perdido tanto tiempo sin ver a Ariane.

En el colmado de la plaza donde había detenido la bicicleta preguntó si alguien alquilaba habitaciones. Le sugirieron una opción mejor: una casita de pescadores frente al mar.

Mathilde, una mujer de cincuenta años con un rostro de escultura clásica, estaba pintando las contraventanas de color azul grisáceo. La casa era el antiguo estudio de su marido, abando al principio de la guerra. Vincent no le hizo ninguna pregunta; Mathilde no le dio la oportunidad. No era una mujer que se desahogara con cualquiera.

Paredes encaladas y pequeñas alfombras provenzales de cuerda, como las de los cuartos de baño que a Bonnard le gustaba pintar. Al ver el estudio, Vincent se dijo que seguramente al marido de Mathilde también le gustaba pintarla desnuda en el barreño de cobre, junto a la alfombra redonda. Era de esas mujeres que uno piensa que han debido de ser muy hermosas, cuando todavía lo son.

El estudio era intemporal, como lo son las casas humildes cuando se respeta su pobreza y su sencillez. Un gato había entrado por la ventana y se había tumbado en la mesa. Vincent lo acarició. Le pareció una señal. A Ariane siempre le habían gustado los gatos. Esa casa la traería de vuelta.

Le gustaron enseguida las paredes desnudas, los escasos muebles de madera en bruto, las baldosas de barro como único toque de color cobrizo, sin duda frías y suaves bajo los pies. La casa, de dos plantas, no era grande, pero el blanco de las paredes y el azul de todas las ventanas hacían que el espacio pareciera más amplio. Le conmovió ver un piano, cubierto con una sábana, detrás de un biombo.

Levantó la sábana y empezó a tocar una pieza. Le salió Bach de forma espontánea. Lo invadió la emoción. Se detuvo.

—Si quiere, puedo pedirle a mi primo que venga. Es afinador.

Él maldijo sus dedos destrozados, que se habían vuelto tan torpes. ¿Serían aún capaces de recorrer las teclas?

—Hace mucho que no toco... pero si es posible, me encantaría.

—Pues usted y yo nos entenderemos. Confío en las personas a las que les gustan el piano y los gatos.

Mathilde le sonrió, aliviada de no tener que seguir buscando inquilino. Era evidente que tenía cosas que hacer.

—Vivo enfrente. Cuando toque, deje la ventana abierta. Me gustará escucharlo.

En cuanto se quedó solo, cerró la puerta con llave. Subió al piso de arriba y desempaquetó sus cosas. En su mayoría eran libros que había ido a recoger a casa de un amigo. Algunos estaban atados. Apenas tenía nada más: un peine, una navaja de

afeitar, una camisa, dos camisetas de tirantes blancas –de un blanco sucio– y un pantalón de repuesto. Metió las cosas en la cómoda y dejó un libro en la mesa y los demás en un estante, pero ¿dónde iba a esconder el arma?

Recorrió con la mirada la habitación, más desnuda que la celda de un monasterio. Lo pensó y se le ocurrió envolver el revólver con una camiseta y meterlo detrás de una contraventana interior. No iba a cerrarlas, porque ya no le gustaba dormir a oscuras. A nadie se le pasaría por la cabeza buscar ahí; bueno, eso creía.

Después se dispuso a hacer algo más complicado. Se sentó a la mesita de la esquina de la habitación, no más grande que un pupitre escolar. Abrió el libro. Dentro estaba su carnet de identidad. Le resultaba doloroso mirar su foto. Su despreocupación, su alegría de vivir y su sonrisa habían desaparecido. Su mirada era radicalmente distinta. Había cambiado, se veía, y la metamorfosis parecía irreversible. Sólo Ariane podría hacer retroceder el tiempo y recordarle quién era: Hadrien Darcourt, el hombre que sólo quería que ella lo amara. Sólo era él mismo cuando ella lo miraba.

Oculto en la cubierta del libro, otro carnet de identidad. En la foto sobreexpuesta, un joven rubio, un poco frágil, con los ojos muy claros y la piel diáfana. Casi un rostro destinado a desaparecer. Con la hoja de la navaja de afeitar, Hadrien retiró con mucho cuidado la foto de las grapas redondas de metal dorado para sustituirla por la suya...

Desde que se había fugado, Hadrien se hacía llamar por el nombre que figuraba en ese carnet: Vincent Devailly. En Hyères, Ramatuelle o Saint-Tropez, donde tuviera que limpiar minas, no habría problema, porque no conocía a nadie, aunque le resultaba extraño llamarse Vincent Devailly. Hadrien odiaba a ese hombre, que lo había traicionado en el campo de prisioneros cuando intentó fugarse por primera vez.

Pero le gustaba pensar que precisamente gracias a él tenía libertad casi ilimitada para hacer lo que quisiera. No sabía

hasta dónde tendría que llegar para encontrar a Ariane, para hacer hablar a los que no querían decir nada y para vengarla de los que le hubieran hecho daño, pero estaba dispuesto a cualquier cosa. En adelante Vincent Devailly, ese hombre al que odiaba, asumiría el lado más oscuro de Hadrien.